LaS.Gr
P1534d

Palacio Manuel del
Discursos leídos ante la Real Academia Española ¿el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar.?

aS.Gr
1534d

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LaSGr
P1534d

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

## D. MANUEL DEL PALACIO

EL DÍA 15 DE ABRIL DE 1894

[Hasta que punto el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar..]

491594
11.5.43

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1894

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL DEL PALACIO

Señores Académicos:

No fué la timidez, en su doble aspecto de compañera de la prudencia y encubridora de la cobardía, quien guió mis pasos cuando, niño aún, osé lanzarme á los senderos y encrucijadas de la vida pública. Nacido en época de convulsión y de trastorno, y balbuceando las primeras oraciones al compás de los himnos bélicos, creía yo que el mundo era sólo un inmenso palenque donde la victoria reservaba su laurel para los audaces, mientras la humildad ofrecía en holocausto sus gracias al filósofo y al asceta.

Hoy, ya sea por haber aprendido ú olvidado muchas cosas; ya porque más de medio siglo de experiencia parece que autoriza y hasta exige se cambie de ideas como se cambia de costumbres y de goces, confieso que antes de penetrar en este augusto recinto del saber, cuyas puertas habrían estado siempre cerradas para mí á no abrírmelas vuestra bondadosa mano, lejos de sentir aquel antiguo impulso he sentido igual angustia, inquietudes iguales á las que siente el soldado bisoño la víspera de una batalla decisiva. Mi deber y mi honor me estimulaban á la pelea; mi insuficiencia y mi pequeñez eran argumentos para la fuga. A entrambos derroteros llevábame la atracción de lo desconocido, pero, como siempre que la conciencia es el árbitro de nuestras decisiones, la gratitud acabó por vencer al miedo, y aquí me tenéis, queriendo

en vano disimular el regocijo, y buscando, en vano también, atenuaciones á la sorpresa.

Porque debo decirlo, ya que se presta á ello la solemnidad del acto: no creía yo, señores, no esperaba, sobre todo á esta edad en que son tan engañosos los halagos de la esperanza, que aquella desenvuelta y alocada musa de mi juventud; la que triste ó alegre, según habían sido el sueño dulce ó penosa la vigilia, compartió conmigo el deleite de los festines y las soledades del destierro, acabaría por traerme al seno de la Real Academia Española, que sin duda ha querido premiar en mí, á falta de otros méritos, los únicos de que puedo ufanarme; el entusiasmo y la constancia.

Algo hay, sin embargo, en esta satisfacción interior, aurora fugitiva de una existencia ya cercana á la noche, que suena como fúnebre nota en concierto de regaladas armonías; algo que es mezcla indefinible de luz y de sombra: el recuerdo y la idea de que vengo á ocupar aquí el puesto que antes que yo ocupara un escritor insigne, á quien si algunos años llamasteis dignísimo compañero, llamé yo muchos más amable y cariñoso amigo. Acaso en nuestras frecuentes pláticas literarias fué él quien me hizo entrever la posibilidad de que andando el tiempo, y cuando mi vida entrara en los caminos de la quietud y del orden, llegáramos á ser colegas en esta docta Corporación. Atribuía yo siempre tales augurios á la bondad ingénita de su alma, y no sé si alguna vez acariciaría la ilusión de acompañarle, pero aseguro que jamás me afligió el presentimiento de sucederle.

Como la suya deslizóse mi juventud á orillas de aquel río que aun arrastra entre sus arenas el polvo de oro de las pasadas glorias; en aquellos amenísimos verjeles de la Alhambra, donde los ruiseñores se hacen aplaudir de los artistas; bajo aquel cielo, deslumbrador como una promesa y sonriente como un ensueño; en aquella tierra, por fin, que siendo hermosa para todos, es sagrada además para los que hemos dejado allí muertos que atraen y memorias que los resucitan.

No alcancé yo en la sin par Granada á Luis Fernández Guerra; era ya vecino de Madrid, donde gozaba nombre y

posición, inferiores por cierto á sus merecimientos, y donde después de haber dado al teatro varias producciones, alguna de las cuales, verdadero modelo de corrección, se representa todavía con gran aplauso, tuvo, como tantos otros, que desatender las aficiones para subvenir á las necesidades, privando al arte escénico de sabrosos y regalados frutos.

Guardó, sin embargo, vivo el culto de las letras, y lo reveló una vez en forma tan gallarda y con intuición tan maravillosa, que su libro sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, más que biografía es admirable estudio de las costumbres y de la historia de aquel tiempo.

Estaba identificado de tal modo el autor con sus personajes; tanto había revuelto en archivos y bibliotecas en busca de noticias, que á fuerza de leer sus cartas, de analizar sus sentimientos, de presentir sus conversaciones, llegó á escribir y á pensar como ellos, entrándose hasta en el secreto de sus intimidades. Vivía con la imaginación y el alma fijos en lo pasado, y cuando en las crudas noches del invierno aparecía en la tertulia del teatro de la Zarzuela, y después de dejar el sombrero encima de aquel piano de que arrancó Guelvenzu tan sublimes acordes, avanzaba hacia nosotros envuelto en la capa, todos creíamos ver un viejo soldado de Flandes con su bigote y perilla encanecidos y tostados por el sol y la nieve de los campamentos; galán con los galanes y galanteador con las damas, á pesar de los años; entusiasta del epigrama, pero sin pasar del retruécano, y ante todo y sobre todo, amigo generoso y leal, y poeta en quien la erudición acrecentaba, lejos de contener, los ardores de la fantasía, siendo perfecto original de este retrato debido á su discreta pluma:

«El poeta, aspirando casi siempre á lo grande é infinito, suele desasirse de los intereses bastardos que á los hombres convierten en Proteos, y con altos pensamientos, consoladoras máximas, agudas y persuasivas razones gusta de apacentarse en la viva luz de la justicia y de la verdad, logrando que las artes del ingenio presten soberano realce á las armas y á las letras. Esto se entiende de los verdaderos poetas, que

no de los mohatreros ni de los que trafican inícuamente con el estro divino.»

---

Tal debe ser el poeta, según mi malogrado amigo y antecesor: ¿acertaré yo á definir con igual claridad lo que es la poesía?

Pintura que habla á juicio de unos, lenguaje que pinta en opinión de otros, lo mismo para los que la cultivan que para los que la comprenden, esta maravillosa ciencia de la poesía, como Cervantes la llamaba, es suma y compendio de cuanto hay de sublime en el arte. Fecunda como la naturaleza, todo lo crea y lo reproduce; da contornos y palabra á sus héroes imaginarios, vida y colores á sus pensamientos; extiende el límite de las cosas y nos hace ver, según la feliz expresión del latino: *non solum quæ essent, verumtamen essent quasi essent.*

Traspasaría los linderos de mi propósito, y no me juzgo con bríos proporcionados á tamañas empresas, acometiendo la de resumir en un discurso la historia de la poesía, que no contentándose con copiar los cuerpos, pone al descubierto las almas; asunto además tan manejado ya por propios y extraños, que sería imposible aportar á él una idea nueva. Intentaré sólo, y aun eso con la indecisión del que por primera vez viene aquí á oficiar de maestro, demostraros hasta qué punto el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar, y cuáles y cuántas son, por consiguiente, sus condiciones de vitalidad y de grandeza.

La poesía brota de nuestro lenguaje tan espontánea y natural, que es en él esencia más que accidente, lo que no sucede en todas partes; no es un vano artificio retórico sujeto á reglas determinadas, sino la adaptación á una idea ó un sentimiento de frases originariamente rítmicas y de metáforas y locuciones que, aun sin la vestidura del verso, se distinguen por su elegancia y brillantez. Buena prueba de

ello es, que apenas encontramos prosa, sin excluir la de los mejores hablistas, donde no aparezcan, á modo de labor de filigrana, endecasílabos y otras variaciones de la métrica, empezando por lo de

En un lugar de la Mancha
De cuyo nombre no quiero.....

que muy bien pudo haber seguido en romance el insigne autor de *Don Quijote*, y concluyendo por aquello de

Entre la ruda masa de la mina
Brilla el diamante y resplandece el oro.....

dicho, como quien no dice nada, por Saavedra Faxardo en sus *Empresas políticas*.

No son, pues, enemigos aquí, ni pueden serlo, la poesía y la prosa; se ayudan, se necesitan, se completan, y el gran secreto de nuestra superioridad en la oratoria, y acaso el de nuestra inferioridad en producciones de índole científica, está en la exuberancia poética del idioma, que corre parejas con la exuberancia de la fantasía. Los españoles en general, y esto no solamente los halagados por las musas, sentimos mejor que razonamos; corremos detrás de los sueños, dejándonos alcanzar de las realidades, y un día conquistadores, descubridores otro, aventureros siempre, ya luchando por grandes causas, ya buscando en causas pequeñas estímulos de lucha, somos y no dejaremos de ser un pueblo de poetas, esclavo quizás de otras debilidades, pero libre de esa que, con el nombre de materialismo, pretende envenenar las inteligencias después de haber envenenado los corazones.

---

La destemplada vocecilla de un espíritu burlón, que bien pudiera ser el de la crítica menuda, más aficionada á las bromas que á las veras, acaba de susurrar á mi oído estas pre-

guntas: pero, ¿hay alguien que piense de ese modo en España? ¿Es posible que cuando se ha perdido la poesía de la fe se encuentren aún gentes que tengan fe en la poesía?

Tal interrogatorio, que sin las circunstancias presentes de ocasión y lugar, apenas merecería una carcajada, va á servirme de hilo conductor en el laberinto de las deducciones.

He dicho que el lenguaje poético, forma de expresión la más bella sin duda del humano lenguaje, no es en ningún país tan espontáneo y natural como entre nosotros, y debo añadir que lo es doblemente desde que el conceptismo, desterrado de la literatura que corrompía con su atildamiento y afectación, ha cedido el campo á la escuela moderna, cuyos elementos principales son la verdad y la sencillez, ya pinte en dulces y apacibles endechas los afectos del alma, ya interprete en robustas y concisas estrofas los arranques de la pasión y el entusiasmo.

Hasta en sus mismas exageraciones ha demostrado la poesía castellana lo fecundo del manantial de que procede, y la pureza del troquel en que modela sus delicadas formas. No hablemos ya de Góngora y sus secuaces, cuya pluma casi deja atrás el pincel del Greco, y fijándonos en la pléyade de escritores apenas conocidos en su época, citemos á la ventura algunos ejemplos.

Retratando las perfecciones de una mujer, tan minuciosamente que más parece la pintura desnudo que retrato, dice uno de ellos haciendo alusión á las cejas:

Negras espadas no juntas
Sacó sobre dos centellas,
De modo, hiriendo con ellas,
Que las dobló por las puntas.

¿Es verdad que no cabe elegancia mayor dentro del absurdo?

Pues, ¿y aquél, canónigo por más señas, que describiendo los apuros de una doncella sorprendida al bañarse en el río, lo hace con frases del tenor siguiente?

Velar quiere con brazos enlazados
Tiernos globos de nieve recogida,
Pero oprimidos brillan por los lados
Rayos de plata natural bruñida.

De donde resulta, como no podía menos de resultar para satisfacción del interesado, que

Cuanto avariento pecho al joven niega
Pródiga espalda al apetito entrega.

Hago todas estas citas de memoria, y no puedo, por consiguiente, prodigarlas mucho; pero no quiero prescindir de una que sirve de introducción á la fábula titulada *El robo de Elena:*

Aquel que con la trinca de deidades
La sentencia dudó de la manzana,
Hasta que desnudando majestades
Les miró la purísima badana,
Éste al raro prodigio de beldades,
A la reina de Grecia soberana,
No sé si diga que violento roba,
Ó si se fué con él, que era muy boba.

Ciertamente que hay no poco de gárrulo y trivial en esta palabrería; pero al mismo tiempo, qué imágenes tan pintorescas, qué donaire en el chiste, qué realismo de tan buen género, comparado con el que trata de imponernos una secta que, haciendo gala de sus extravíos, nos ofrece como novedad lo que era ya cínica desenvoltura en Apuleyo, y acaso venganza sangrienta en el Bocaccio.

Y no vale decir que esto fuese una desviación de nuestro lenguaje castizo ni una libertad otorgada á la rima, no: la prosa de la época abunda en iguales extravagancias, y ni aun el gran Quevedo escapó á la influencia en que tanta parte tuvieron nuestras conquistas en Italia, y que en último término vino á contribuir al enriquecimiento del idioma, inoculando en él multitud de giros y frases, á cambio de los que aquel pueblo recogió de sus dominadores, y que nos halagan

todavía cuando los oímos en las tortuosas callejuelas de Nápoles, ó en las rientes comarcas del Milanesado.

No hay asunto, no hay dificultad que la musa castellana no haya atacado y vencido, recorriendo todo el pentágrama de las notas y la gama de los colores. Los que se asombran de la gracia con que los franceses manejan el equívoco, á lo cual se presta el doble significado de muchas de sus frases, encontrarán á cada momento en nuestros autores del siglo de oro, trozos como éste:

De Venus mi musa cante,
Y del galán impaciente
Que por verla de Poniente
Andaba muy de Levante.
Aquella, de amor esfera,
Que con Páris siempre humana
A que le dé la manzana
Más que otras hermosa espera;
Maravilla del donaire,
Que para herir corazones
No necesita de arpones
Más que de andar por el aire;
Crióse de luz armada
En Chipre, tan matadora,
Que fué de todos señora
Así que se vió criada, etc.

Y si de aquellos tiempos venimos á parar á los actuales, en que la poesía, digan lo que quieran sus detractores, lejos de decaer parece cobrar nuevos alientos; si examinamos el interés especial con que hoy se procura armonizar el fondo y la forma, desdeñando inútil hojarasca, y haciendo de la concisión el primer elemento de belleza: ¡qué de tesoros surgirán á nuestra vista; qué flexibilidad de lenguaje; qué armonías de metro; qué primores de estilo; qué refinamientos de gusto, y, sobre todo, y ante todo; qué inmensa variedad en la expresión de los afectos, y qué maravilloso idioma éste, que lo mismo sirve para ensalzar á Dios, que para mofarse de sus criaturas!

¿Quiere esto decir acaso, que la poesía castellana haya realizado el ideal de la perfección, y que puede aplicarse á todo el que hace versos el calificativo de poeta? Por más que esté dispuesto á romper lanzas en defensa de cuanto creo verdad, no me atreveré ni siquiera á romper el silencio para defender tal despropósito, aunque sea un nuevo argumento que viene á confirmar mi tesis.

En las lenguas que no son por naturaleza armónicas el hacer versos es una labor lenta y complicada, que necesita no solamente disposición, sino estudio. Dentro de estas condiciones no suelen abundar los poetas; pero la calidad suple la cantidad. En nuestra lengua castellana, por el contrario, basta y aun sobra muchas veces un poco de oído para que el jaque andaluz como el jíbaro puertorriqueño, y como el payador de las repúblicas del Plata produzca versos, que podrán carecer de propiedad y de elegancia, pero que son siempre fáciles y sonoros, porque arrancan de la inspiración, hija de la fantasía, y tienen molde adecuado en el idioma.

Recuerdo haber visto hace ya tiempo balanceándose en el portal de un memorialista al exterior y comerciante al foro, el rótulo siguiente:

En el patio de esta casa
Se compran libros de lance,
Y se venden dos canarios,
Un borrego y otras aves.

Y actualmente, y sin ir más lejos, ¿no es toda una campaña poética la que sostiene en las columnas de los periódicos esa falange de poetas desconocidos que se dedican á loar las excelencias del jabón del Congo?

Dígase lo que se quiera, el verso es la forma natural de nuestro lenguaje, y en ella nos hemos educado, y en ella se educan todavía nuestros hijos. Lo mismo las oraciones de la infancia, que los primeros rudimentos de urbanidad, que los días que trae cada mes lo hemos aprendido en verso, y ¿qué más, señores? Yo no me acordaría ya de la historia de mi país sin aquello de

Libre España, feliz é independiente
Se abrió al cartaginés incautamente,

como no hubiera completado la cronología de nuestros monarcas á no fijarme en lo de

Liuva, Witerico y Gundemaro
Con Sisebuto, caso extraño y raro

que me ha hecho pensar más de una vez en que estas tres palabras, bajo su disfraz de asonantes, son otros tantos reyes que faltan en la colección.

Pueblo que de tal manera siente la poesía, debe ser, y lo es sin duda, idólatra de los poetas. Los admiraba ya cuando aun no podía comprenderlos; no les ha escaseado jamás el tributo de sus aplausos y de su memoria. La ciencia nos habla de un Miguel Servet; la filosofía de un Luis Vives; la política de un Cisneros; la gloria de muchos insignes varones que la merecieron y la ostentan; el vulgo, y no sólo el vulgo, la generalidad de las gentes conoce alguno de esos nombres, pero de una manera vaga, dado que ignora lo que significan: preguntadle en cambio por Quevedo, Calderón, Quintana, Espronceda, Zorrilla y tantos otros, y os responderá sin vacilar: poetas.

Y la mayor prueba del encanto de la poesía, y á la vez de la influencia que ha ejercido y ejercerá siempre entre nosotros, es que mientras los personajes históricos se obscurecen ó se transforman tocados por el escalpelo de la crítica, los caracteres poéticos subsisten y se eternizan en la memoria de las generaciones, sin que para destruirlos ó modificarlos basten la lógica ni el raciocinio. Inútilmente demostrarán los sabios que Florinda, el rey D. Pedro, Colón y Felipe II, eran modelos de virtud, de crueldad, de bajas pasiones y de elevados sentimientos; para el pueblo no dejarán de ser tales como los ideó la fantasía del poeta, y creerá en ellos lo mismo que sigue creyendo en el Cid y en Bernardo del Carpio, á pesar de cuanto en contra oye decir á los modernos iconoclastas.

No seré yo quien niegue que los grandes adelantos de la industria y los continuos progresos de la ciencia amengüen ó anulen más de una vez la poesía que antes solíamos percibir hasta en las cosas materiales: sé bien que el camino de hierro hace olvidar lo que tenían de romancesco los viajes á caballo, como el acorazado deforme borra la idea del palacio flotante llamado navío de tres puentes; pero aparte de que todo esto podrá darnos nuevos elementos poéticos para el porvenir, queda entero el tesoro de inspiración que recibimos de las pasadas generaciones: y las almas soñadoras, las que sienten y se recrean en la contemplación de la belleza, germen de toda poesía, pondrán siempre el campanile de Giotto sobre la torre Eiffel y el claustro de San Juan de los Reyes sobre el Capitolio de Washington.

Hay, sin embargo, y yo las encuentro más dignas de lástima que de censura, personas refractarias á la poesía, y que no atreviéndose á declararle la guerra en absoluto, transigen con ella, guardando toda su acometividad para los versos. A su juicio son enteramente distintas ambas cosas, y la primera puede vivir sin la segunda. No participo en poco ni en mucho de esta opinión. Como la palabra es el complemento de la idea, el verso es la fórmula esencial de la poesía. Podrán existir y existen, quizá en número mayor de lo que fuera de desear, poetas en prosa, pero no es ésta ciertamente la escuela de los buenos prosistas, ni de ella salieron nunca grandes poetas.

Por otra parte, si se condena el exagerado lirismo en la poesía, ¿cabe consentirlo en la prosa, que si no vulgar, tiene obligación de ser humana, sopena de convertirse en un lenguaje artificial y pedantesco?

Respétense en el idioma sus cualidades poéticas nativas, como son la tersura, la armonía, la flexibilidad; pero destiérrense de él esos giros rebuscados, esas metáforas absurdas, ese hacinamiento de frases huecas que hemos dado en llamar color, y que si alguno tienen no es seguramente el de la sencillez.

Porque debemos advertir que los que tanto se ensañan

contra la pobre poesía, reservando para la prosa toda su indulgencia, mientras consiguen su deseo de alejarla del mundo real, tratan de impedirle la entrada hasta en ese mundo de la ficción que se llama teatro.

Es decir, que allí donde todo es ilusorio; donde las murallas son de lienzo, las nubes de gasa, las armaduras de cartón y las joyas de vidrio; donde se imita el ruido del trueno con una caja de madera y se fingen la vejez ó el rubor con un corcho quemado y unos golpes de colorete, no cabe que los personajes, rara vez reales y casi siempre simbólicos ó caricaturescos, hablen de otro modo que como hablan los aristócratas en el salón y las Menegildas en la plazuela, porque hemos averiguado que el verso, cuando no es contrario á la naturalidad, es sublime en demasía para la expresión y pintura de afectos y caracteres que nada tienen de extraordinarios.

Manes ilustres del Duque de Rivas, García Gutiérrez, Ayala, Bretón, Narciso Serra y tantos otros descendientes legítimos de nuestros colosos del arte dramático: ¡ lástima que no hayáis vivido lo bastante para arrepentiros de vuestros errores! Hubierais ayudado tal vez á enmendar la plana á los Calderón, Lope de Vega, Tirso, Alarcón, Moreto, Rojas y demás infelices, de quienes recibimos por herencia un teatro clásico que será siempre asombro y encanto de las edades, á pesar de los versos, y precisamente por los versos.

Enemigo, como creo lo es todo el mundo de los discursos largos (y bien sabe Dios que largos me parecen los más cortos siendo míos), no entraré á saco en el arsenal de nuestras pasadas glorias, donde me sobrarían armas para vencer y aniquilar á los que tales ideas defienden y tales propósitos abrigan; pero no resisto al deseo de patentizar con algunos ejemplos tomados del teatro contemporáneo, que la poesía castellana tiene su principal asiento en la escena, y lleva de ventaja á la prosa su mayor elegancia, armonía y sonoridad.

Hay en una comedia del Duque de Rivas, desconocida

casi, que se llama, si no me es infiel la memoria, *Solaces de un prisionero*, una escena en que Carlos V, emperador, y Francisco I, que suele abandonar por las noches su prisión de la torre de los Lujanes, se encuentran en una callejuela de Madrid, y dicen disputándose el paso:

CARLOS. ¡Eh, buen hombre!
FRANCISCO. ¿Y nada más?
CARLOS. ¿Hidalgo?
FRANCISCO. ¡Más alto estoy!
CARLOS. ¿Caballero?
FRANCISCO. Sí lo soy.
CARLOS. ¡Pues bien; caballero, atrás!

No sé qué prosista hubiera dicho esto con menos ni mejores palabras.

Véase ahora una décima entresacada de entre otras, no menos primorosas, de el *Nuevo Don Juan:*

Corra muda en dulce guerra
La pasión, que el alma inunda,
Como el agua que profunda
Corre debajo de tierra.
Cuidadosamente encierra
Su intensidad en tu seno,
Que el río, cuanto más lleno,
Oculta mejor su fondo,
Y á medida que es más hondo
Aparece más sereno!

Si el disimulo fuera una ciencia y se explicara en las Universidades, esta décima daría asunto para dos lecciones.

Uno de los inimitables tipos creados por Narciso Serra, plantándose enfrente de otro tan apocado como enteco, exclama:

Hombre, se parece usted
Al perro del tío Alegría,
Que para ladrar tenía
Que arrimarse á la pared.

¿Perjudican aquí en algo los consonantes al donaire y la espontaneidad? Todo lo contrario, sin duda.

Pues ¿qué diremos de nuestro romance, que nos copian ya los extranjeros, y cuya tersura y gallardía son regalo de la inteligencia y del oído? Responda este trozo de una relación escrita por el autor de *El Hombre de mundo* en su loa la *Tumba salvada:*

En el recinto famoso
De la coronada villa
Que, con humilde susurro,
Manzanares acaricia,
Y á quien hizo el que dos puentes
Enormes le puso encima,
Que dos sarcasmos de piedra
Tuviera siempre á la vista,
. . . . . .
Cercano al famoso sitio
Á quien llamó la morisma
La Almudena y hoy es templo
De la sagrada María,
Otro templo más humilde
Verás que frontero mira
A la torre que aun recuerda
Los laureles de Pavía.....

Y si esto es en el género descriptivo y aquello en el amoroso, y lo de más allá en lo epigramático y chancero, cuando se trate de un dialogo vivo y animado, ó de una pintura de costumbres, cuyo principal objeto sea mover á risa, ¿no se nos vendrá á la memoria, entre mil otros de Bretón, este fragmento de *Muérete y verás?*

En la guerra hay mil azares,
Y además la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
Y alardes y movimientos,
Y zanjas y campamentos,
Y curvas y paralelas;
Mucho de causar zozobras

A las fuerzas enemigas,
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras;
Mucha recomendación,
Mucho de Roma y Numancia,
Y ¿qué nos dice en sustancia
El jefe de división?

Es también artículo de fe para mucha gente, que la poesía española, ya por sobra de energía en el lenguaje, ya por falta de palabras susceptibles de contracción, como sucede en el italiano, resulta poco á propósito para la música.

La abundancia y originalidad de nuestros cantos populares demuestran á mi entender lo contrario, y aunque sea cierto que el escribir versos que han de convertirse en frases melódicas requiere estudios especiales y gran dominio del idioma para saber armonizar la acentuación de la palabra con la de la nota, no lo es menos que siempre que un verdadero poeta ha tomado á su cargo vencer estas dificultades, lo ha conseguido sin necesidad de gran esfuerzo.

¿Puede darse nada más fácil, más poético ni más musical á la vez, que esta melodía de una zarzuela de García Gutiérrez?

Al mar tendido
Ya el sol declina,
Busca su nido
La golondrina.
Convida al sueño
La tarde en calma,
Y está ausente mi dueño
Y estoy sin alma.

No acabaríamos nunca si fuéramos á recamar el pobre tejido de este discurso con todas las perlas de que están sembradas nuestras obras dramáticas y líricas; por otra parte, me habéis precedido tantos en la gloriosa labor de aquilatarlas, que no pudiendo añadir aroma á vuestras flores, ni elevación á vuestros conceptos, resumiré mis ideas en una frase que desgraciadamente tiene la exactitud de un adagio

vulgar: «La poesía española sirve para todo, excepto para lo que en la vida se considera necesario.»

Me habéis dado en su templo la categoría de sacerdote, y no debo ocultar esta verdad á los acólitos.

Pero tal cual la vemos, ó como algunos quisieran verla, amada ó escarnecida, virgen ó mártir, para mí será siempre compendio de todo lo bello y lo sublime, porque la poesía, ó no es nada, ó es amor, esperanza, bondad, consuelo y juventud. Y siendo todo esto, ¿cómo no ha de estar en nosotros y sobre nosotros?

Recuerdo ahora, con el placer con que se recuerda todo lo que conmueve y halaga, que hace pocos años, viviendo lejos de mi patria no me creía ausente de ella, porque era su idioma el que sonaba en mis oídos, y porque también sabían allí de memoria las oraciones y los versos que me recrearon en la niñez. Absorto ante el espectáculo de tanta maravilla como ofrece aquella naturaleza, después de haber ocupado el día en útiles trabajos ó en apacibles entretenimientos, gozaba yo sumergiéndome en mis cavilaciones poéticas, casi siempre justificadas por el ruego de una hermosa ó la exigencia de un amigo.

Una noche, para huir de la atmósfera sofocante de las habitaciones, ó acaso para meditar más á mis anchas en la soledad y en el silencio, se me ocurrió subir á la torre que coronaba la azotea del hotel. Era ya muy tarde, y no se escuchaban otros rumores que el cadencioso de los remos de alguna barca al atracar al muelle, ó el que producían, rompiéndose, las olas del majestuoso río de la Plata. Instintivamente y como en acción de gracias al Creador por la magnificencia de su obra, mis ojos se elevaron al cielo, aquel cielo de los trópicos, cuyas estrellas alumbran como otros tantos soles, y sentí que el desencanto y la tristeza se apoderaban de mi ser. Del cielo que yo buscaba sólo percibía la claridad. Los hilos telefónicos, cruzándose en todas direcciones, formaban en el espacio malla tan tupida y espesa que apenas pude ver, y eso al horizonte y velado por la bruma, algún jirón de la bóveda azulada. ¡Oh, desilusión! La prosa encadenando una

vez más á la poesía! ¡Lo material en lucha siempre con lo ideal!

De pronto, rompiendo bruscamente la calma y la serenidad de la noche, se oyó cercano el silbido precursor del pampero; estremeciéronse, vibrando juntos, todos aquellos hilos, y una invisible y arrobadora música, producida por millares de arpas eólicas, descendió del cielo á la tierra, mientras las brumas se deshacían en el horizonte, del mismo modo que al soplo de la fe se deshacen las inquietudes y las dudas del alma.

Y yo sentí la mía agitarse vibrando también con emoción intensa, y vi no solamente el cielo que antes buscara en vano, sino ese otro cielo con que sueñan los desterrados y los ausentes, cuando las estrellas les recuerdan las chispas del hogar, y envidian á la nave que se aleja, al viento que pasa y á la luna que puede conseguir lo que á ellos les está vedado; besar, á través de la distancia, la frente de sus hijos.

Era que pasaba sobre mí el aliento de la poesía vigorizando mi espíritu, y afirmándome en la creencia de que nada resiste á su imperio, porque, emanación directa de la Divinidad, está como ella en el fondo de todas las cosas.

---

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. VICENTE BARRANTES.

## I.

A los que no hayan hasta hoy personalmente conocido á D. Manuel del Palacio, que serán pocos sin duda en este selecto auditorio, el discurso que acaban de oir les habrá dejado en la imaginación, como en fotográfica negativa, un exacto retrato del popular poeta, juguetón y sentencioso á un tiempo, sencillo y profundo, benévolo y burlón, creyente y ligero, palaciano y demócrata, hombre que se confiesa todos los días, pero ante el público, según tuvo ocasión de hacerlo en otro lugar con estos preciosos versos:

> Yo soy así, Leopoldo; tras un chiste
> Una sentencia; tras el ceño airado
> La risa loca ó el suspiro triste;

hombre, en fin, de esta época extravagante, que llamamos fin de siglo por adjetivarla sin adjetivos, rindiendo culto á su misma extravagancia. Era por cierto difícil calificar en breve frase el descarrilamiento de una sociedad que marcha á todo vapor sin dirección fija, sin válvulas y sin freno.

Mucho ha debido forzar el de su fantasía el poeta que tan galano alarde acaba de hacer ante vosotros de las dotes más peregrinas y contradictorias de su naturaleza, y lo ha hecho en prosa tan castiza y pulcra como habéis visto, demostrando que no son sus versos el único título que á esta Academia

le trae, con ser el más aplaudido y por la opinión el más celebrado. Catorce volúmenes entre prosa y verso componen su caudal literario, amén de doce obras teatrales, en su mayor parte zarzuelas, á cuyo género se presta grandemente su musa juguetona y musical, y una multitud de papeles sueltos ó de circunstancias, entre los cuales el último con que puso fin á una curiosa polémica es para nosotros el más característico y genial de los suyos, y por eso acabamos de citarlo.

¡Y con qué sinceridad nos habla en el exordio de ese discurso de sus primeros años de vida literaria, de sus ensueños de poeta con esta Corporación relacionados, y aun de ciertas juveniles aventuras que en su concepto le sembraban de escollos el camino de nuestra casa! Los que hemos sido testigos, cuando no copartícipes, de los primeros vuelos de una musa, que él califica de alocada, cuando pudo contentarse con el otro calificativo de desenvuelta, que le da también con verdadero ensañamiento, podemos apreciar mejor que nadie la graciosa coquetería, por decirlo así, con que elige posturas para colocarse ante nuestra máquina fotográfica, semejante á una hermosa pecadora que en la emoción que el infrecuente confesonario le produce, baraja los escrúpulos con los verdaderos pecados, y quizás se atribuye no pocos de los que otras han cometido, creyendo la concomitancia una complicidad real y positiva.

Hay en esa primera parte de su discurso un tierno párrafo que habrá hecho palpitar del mismo modo algún corazón de los que cubre la medalla académica, que es aquel párrafo en que nos recuerda enternecido cómo entró en el suyo por primera vez la esperanza de que luciese para él este día, por virtud de los consejos y excitaciones de un cariñoso amigo, que hoy, por rara aventura de la suerte, le trae desde el otro mundo á esta casa con su mano yerta y en su propio sillón vacío le coloca. ¡Párrafo en verdad extraño, de una belleza incomparable, donde la emoción del nuevo Académico sube hasta el punto de no ocultarnos que en aquellos amistosos coloquios entre los bastidores de un

teatro, á la luz de las candilejas, sólo concebía la esperanza que Luis Fernández Guerra le inspiraba, cuando su propia vida «entrase» en los caminos de la quietud y «del orden». ¿No es verdad, señores Académicos, que el caso es nuevo y poético por demás? ¡Verse aclamado con treinta años de anticipación, no ya por las brujas de Macbeth ni por seres incorpóreos y fantásticos, sino por un amigo de carne y hueso, tan entusiasta que no se contenta con menos que con dejarle por herencia su medalla propia! ¡Ah! Cuando el menor de los ilustres Fernández Guerra le decía en son profético: «Palacio, tú serás académico»; si nuestro nuevo colega hubiera podido adivinar la ocasión y el cómo, tengo por seguro que su musa alocada se hubiese trocado súbitamente en sentimental y llorona.

Así, el panegírico de su antecesor, no es la práctica reglamentaria quien se lo impone, sino su propio corazón agradecido, aquella amistad ante la tumba renovada, y con pruebas de ultratumba robustecida. Por eso, con pincel tan estético y exacto nos retrata á Luis Fernández, que nos parece verle saliendo de la brumosa atmósfera de las bambalinas «como un viejo soldado de Flandes, con su bigote y perilla encanecida, galán con los galanes y galanteador con las damas á pesar de sus años.....» Cuadro arrancado de la hermosa galería de la corte del rey poeta, que en su admirable libro *Don Juan Ruiz de Alarcón* legara á la posteridad aquel nuestro difunto y nunca olvidado compañero. Una de sus gallardas definiciones dió también á Palacio tema para el ameno discurso que acabáis de oirle, encaminado á su vez á definir la maravillosa ciencia de la poesía, como Cervantes la llamaba, contestando de paso á la pregunta que recientemente ha hecho al vulgo en la lengua de los dioses:

.....¿Piensa el vulgo necio,
Que señala el reló de la poesía
La hora del abandono y el desprecio?

Tema atrevido á la verdad en los momentos presentes, que revela el genial desenfado del disertante, y grandísimo

desdén, si no es descarada burla, de la atmósfera artificial que hoy entenebrece la vida literaria. Corrientes de ideas no menos artificiales, ó dicho mejor, artificiosas, están produciendo un como paludismo intelectual, que sólo en las teorías médicas modernas encontraría, ya que no explicación satisfactoria, apropiado símil. Diríase, en efecto, que lo infinitamente pequeño está destruyendo lo infinitamente grande, ó sea en tesis parasitaria, hablando al uso de los Galenos, que el microbio de la prosa ha atacado la raíz de la poesía, y que no nace ya escritor alguno sin tubérculos antipoéticos, que sólo vivir le permiten en atmósfera totalmente opuesta á la que han respirado en el mundo todos los grandes escritores, aun aquellos que jamás vieron *á las musas en sus cátedras, ni siquiera en clase de oyentes.* Como que no se necesita ser poeta para sentir la poesía, ni otra cualidad que la de español medianamente ilustrado para comprender y convenir en que «el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar», según acaba de probarnos el disertante por complemento de su tesis.

Para los que de buen grado, y hasta quizás como artículo de fe creemos en la dispepsia intelectual de nuestros días, achaque de entendimientos alimentados con materias indigestas, en manera alguna es admisible que este paludismo accidental, hijo de irrigaciones mal estudiadas y de abonos extravagantes en tierras flojas, pueda ser nunca ni un mal permanente, ni siquiera una epidemia transitoria. Es todo lo más un estado patológico que responde á la debilidad del organismo social, necesitado del hierro y de los constituyentes, que el tiempo y los sucesos no dejarán de propinarle.

Quizás Palacio ha concedido á esas ideas superficiales excesiva importancia, ó la sugestión inconsciente, como decimos ahora, de personales impulsos, hale movido á romper lanzas con esos iconoclastas y profanadores del sagrario del pensamiento, que pretenden que la expresión única de las ideas y del porvenir sea ese abigarradísimo y discordante empedrado de neologismos, tecnicismos, altisonancias é in-

sulseces, con que están embarbascando el terso y limpio raudal de la lengua castellana, los heraldos de una época de transición, que no carece en la historia de precedentes.

Manías de los tiempos, decires que acaso el gracejo inspira, la moda acepta y la vulgaridad populariza, sólo tienen un valor relativo, como tantas sentencias de muerte que la literatura ha lanzado sobre las cosas eternas, y á las cuales también eternamente se sigue aplicando aquello de

Los muertos que vos matáis
Gozan de buena salud.

De la religión y de las instituciones sociales, ¿cuántas profecías lúgubres no se han fulminado? Ni Dios, ni Papa, ni Rey, es sentencia estereotipada en la historia de los humanos desvaríos, y más similar aun á nuestra tesis, la lucha de los fanáticos antihumanistas de los siglos XVI y XVII contra el estudio y el empleo de las letras paganas, que habían sido el impulso vivificador del Renacimiento, manejadas por hombres discretos y de sincera fe. Prescindían aquellos ilusos de hechos tales como el Evangelio de San Juan, inspirado y casi escrito por Platón, según San Agustín lo confiesa, y olvidaban que el mismo San Jerónimo se dolía de no poder contar en el número de los santos al gentil que había escrito en otro arranque de intuición maravillosa: «Que en obedecer á Dios consiste la verdadera libertad» (1). Aquel pagano era el español Séneca.

Mirados á esta luz los severos juzgadores de la poesía, antes merecen lástima que censura, porque no saben resistir el contagioso ambiente moral en que el hombre de nuestros tiempos se agita.

Son tan hondas sus perturbaciones y sus tristezas, que sobreexcitado constantemente el sistema nervioso yace el ideal en las naturalezas delicadas como la flor de las ruinas, brujuleando por entre los escombros un rayo de sol, un soplo de brisa, un resquicio por donde gozar del cielo y de la luz,

---

(1) «*Deo parere libertas est.*» Séneca, *De vita beata.*

y ¿quién sabe si cuando muere en la lucha agostada por el polvo piensa la pobre flor que no hay aire, que no hay sol, que no hay luz en el mundo, porque ella no los ve? ¡Ah, si hubiera nacido en la espléndida pradera, abierta á todos los vientos, empapada en todos los efluvios de una atmósfera sana y vificadora, creería seguramente lo contrario; creería imposible morir por inanición, por asfixia, por tedio y melancolía!

Reconcentrada la vida moderna en las grandes ciudades entre montones de harapos y tesoros dementadores del orden material, y en el moral agobiada por las congojas y trances de una lucha imposible, que está siendo la desolación de la filosofía, si tal vez penetra en estos antros un rayo de luz, es para producir un ideal enfermizo y anémico, *vera efigies* de la atmósfera en que se engendra.

Si á la postre se extravía y cae en la extravagancia, en el desaliento ó en la desesperación, ¿por qué extrañarlo? ¿No se entrega á los charlatanes el enfermo que no aciertan á curar los doctores de la ciencia? De ahí que las más vanas utopías, los más ridículos sofismas, invadan todas las esferas intelectuales, y por cierto, que ese caos es en el fondo una extraña y aterradora poesía, acaso la mayor manifestación del alma humana en sus incesantes vuelos á lo infinito; ángeles que caen, pero que demuestran con sus alas quemadas la alteza de las regiones á donde se remontaron. El diabolismo de Carducci y el suicidio universal de ciertos filósofos, dan de esa poesía alguna muestra. De la extravagancia juguetona, pero también trascendental, que reniega de los sentimientos poéticos y de las más dulces afecciones, hala dado Alfonso Daudet en una composición que parafraseó muy lindamente en el *Madrid Cómico* (y era, en efecto, su lugar propio), un distinguido y joven poeta, el Sr. Estremera, con el nombre oportuno de *Fanfarronada* (1).

---

(1) He aquí sus conceptos fundamentales:

Murió en mí toda fe, toda creencia,
No hay un fruto prohibido

La extravagancia, pues, y eso que llamamos el efectismo, reducido á sorprender al lector ó al oyente, no con los relampagueos del genio, sino con el estallido del cohete, son, y no pueden dejar de serlo, modas de un tiempo en que la filosofía proclama la ignorancia como ideal del hombre aburrido de la ciencia, y el suicidio colectivo como ideal de las sociedades que no creen ya en la panacea del progreso. Pero asomémonos valientemente á esos enormes abismos y miremos sin espanto su negrura. Al primer golpe de vista parece que es el vacío lo que nos rodea, y como en el vacío suena con son diferente cada eco, unos á carcajadas satánicas, otros á lastimeros suspiros, una vez dominada la emoción nerviosa vendrá la estética á revelarnos que aquellas carcajadas y aquellos suspiros son la voz del eterno Prometeo encadenado á la roca de la realidad: son la poesía que vive en el fondo de todas las almas sacudiendo las cadenas que á pesar suyo la pone en ciertos períodos de su locura la loca de la casa. La sociedad entera convertida en un Werther gigantesco, suicidándose en un mismo día de un mismo pistoletazo, y ¿por qué? porque no realiza aquí abajo un ideal que sus mismas exageraciones hacen imposible. ¿no encierra una gran poesía, aunque abominable y monstruosa? La ignorancia sentada por la mano de la sabiduría en el último lindero del siglo XIX, ¿no hace pensar más hondo aun á los que piensan hondo?

---

Que yo no haya mordido
En el árbol caduco de la ciencia.
Tengo el alma ya seca é insensible,
. . . . . .
Los grandes sentimientos me dan risa;
Mas cuando me precisa
Ganar algunos reales,
Trazo sobre el papel, muerto de hastío,
Versos sentimentales,
Que quizás á raudales
Hagan llorar, en tanto que yo río.
. . . . . .
Yo creo siempre en hoy, nunca en mañana.
Gloria, inmortalidad... ., humo que vuela,
Amor, palabra vana,
Eterno asunto de eternal novela.
Creedme por mi fe: lo niego todo.
Que vivir sin creer es mi deseo,
Y niego las creencias de tal modo
Que ni siquiera lo que digo creo.

¿Quién lo duda? El que haya visto al hombre de las selvas intertropicales pasarse días enteros contemplando una peña, un árbol, un insecto microscópico, un átomo quizás, con los ojos hundidos en el cerebro, el cuerpo en postración automática, suspensa al parecer la vida vegetativa, anestésico, en fin, hipnotizado por algo interior y suprasensible, ¿no habrá sentido profunda y extraña emoción ante espectáculo tan singular? ¿No habrá pensado el europeo si le engañarán preocupaciones de su propia inteligencia educada en la rutina; si lo que tiene ante sus ojos, en vez de un salvaje, no será un filósofo inconscio, abstraído en la contemplación de un ideal maravilloso para él mismo incomprensible, una especie de budista espontáneo, sumergido en un nirwana sin reglas ni leyes, sin orillas ni horizontes, producto espontáneo á su vez de la naturaleza, que ni para los ignorantes ni para los sabios dejará nunca de tener enigmas y misterios, y por consiguiente, ideales, veneros de poesía inexplorados é inextinguibles?

Por no parecer pueril á esta sociedad positivista y superficial, teme el hombre moderno darse cuenta de que idealiza cuando toma su imaginación rumbos contrarios á las realidades que le rodean, y pretende arrojar de sí como túnica de centauro una cualidad tan inherente á su naturaleza, que es el claro obscuro de su existencia, la única nota que armoniza sus desconcertadas facultades, verbo engendrador, espíritu flotante sobre todo su caos íntimo. ¿Existiría la especie humana sin esa amalgama indefinible de sentimiento é idealismo, que atrae á un sexo hacia otro sexo, á una molécula hacia otra molécula, y que acaso igualmente en todos los seres palpita con análogos caracteres pasionales y poéticos....., y quizás hasta en los inorgánicos?

Buscando alguna salida á este laberinto de extravagancias, y comprendiendo instintivamente que ni la esencia ni la forma poética pueden morir cuando á la moda le plazca, se las ha querido casar con las ciencias y sus tecnicismos, como si tal maridaje, en lo que tiene de estético y factible, no estuviera realizado en todas las literaturas desde los tiempos más re-

motos. La bucólica de los grandes autores no es sólo el estudio de la naturaleza, sino el de sus misterios y evoluciones más profundas. El libro de las *Abejas*, admirable compañero de las *Geórgicas*, el de *Natura rerum* y otros muchos que pudieran citarse, iniciaron un género que se consideró muy pronto únicamente apropiado á la fábula, á la alegoría, elemento educador, antes que de cultura científica. Vulgarizadas hoy las ciencias en forma á la verdad más perceptible y poética que en lo antiguo, por haber producido inventos maravillosos, que destruyen las distancias, perpetúan la palabra humana, convierten la materia en fuerza y la fuerza en espíritu, ó cosa parecida, se pretende adaptar á estas esencias, en cierto modo poéticas de fin del siglo, una forma que vendría á ser como la bucólica de la infancia de la humanidad, empresa intentada en nuestro país con mayor brío y éxito quizás que en ningún otro por marinos é ingenieros poetas de gran mérito (1).

---

(1) El profesor de la Escuela de Minas, D. Melchor de Palau, por ejemplo, es uno de los que más en este difícil género se distinguen. Entre otras bellas producciones, su oda *Al carbón de piedra*, poetiza, por este gallardo modo, la lección científica de los textos de Historia Natural:

Esto que veis, carbón endurecido,
Yacer á mantos en terrestre fosa,
Rayos de claro sol un tiempo ha sido.
. . . . . .
Cantar quiero su enérgica potencia
Los bronces al fundir, nuncios de saña.
Defensores de patria independencia;
Cuando caldea y en su lumbre baña
A la férrea y fugaz locomotora,
Sierpe que tiene el silo en la montaña.
Que cual ave de Jove voladora
Se encumbra á los más arduos peñascales
Y el espacio famélica devora.
Por él llega á los témpanos glaciales
El buque sin más trapo que su enseña.
Contrastando furiosos vendavales.
. . . . . .
Por él la vena su metal destila;
Por él dice el crisol la verdad pura
Y el átomo su afine se asimila.
Hasta gérmenes ricos en dulzura
La química halla en él para su gloria,
Colores y matices la pintura.
. . . . . .
Solaz emanación, con vivo anhelo
La luz y el fuego y el calor prodiga
Como su padre que recorre el cielo.

Pero esta poesía, grata ciertamente para los entendimientos cultivados, ¿podrá serlo jamás para las almas, que no se alimentan de ciencia ni de abstracciones, sino de sentimientos, de pasión y de idealismos indefinibles? Ni Homeros ni Virgilios lo conseguirían, sobre todo, en los países donde el sol meridional produce más fuego que el mismo carbón de piedra. La poesía científica, la poesía trascendente, podrá ser, como ha sido siempre, una bella rama de la didáctica; pero no el árbol frondoso cuya sombra busquen las almas sedientas de amar y de sentir.

## II.

No estaba seca aún la pluma con que había fulminado el Sr. Palacio su bella y enérgica protesta, cuando venía á justificarla una verdadera explosión del sentimiento poético, en que todas las clases de nuestra sociedad se han prosternado ante la tumba de un hombre que el día anterior andaba entre ellas obscurecido y casi menospreciado; y aquel hombre era un simple cantor de trovas, que por lo general sólo recuerdan cosas pasadas, sentimientos que parecen dormidos en nuestros corazones, ruinas que se han llevado los huracanes, fortalezas hoy convertidas en cortijos, ciudades alumbradas ahora por la luz eléctrica, templos que son cárceles ó cuarteles, reyes que causan horror á los políticos modernos, frailes, monjas, cuentos, en fin, y leyendas de todo en todo antitéticas á la literatura científica; pero que tan hondamente habían penetrado al corazón de ese tierno niño llamado el pueblo, que al perder á su trovador ha sentido arrancársele algo muy entrañable de su ser moral, algo que no puede ser reemplazado ni por el progreso, ni por el periódico, ni por manifestación alguna de la inteligencia que deje frío el corazón é indiferente el alma. Tan grandes poetas, acaso mayores que Zorrilla, ha perdido el pueblo español en esta centuria sin conmoverse con el hondo sacu-

dimiento que demostró en los tristes últimos días del penúltimo Enero, y ¿por qué? porque ni Quintana, ni Espronceda, ni Hartzenbusch, ni García Gutiérrez, ni Ayala estaban inspirados por aquella musa juglaresca, semigótica, semiárabe, que con igual fervor se asocia en nuestro país á los cantos desenfadados de la plaza pública que á las salmodías del templo; al crujir del hierro en las batallas, que á los amoríos y discreteos del palacio; á las cándidas fiestas campesinas, que á las corridas de toros y á las tragedias tabernarias, y esto no en sutiles y atildadas trovas, hijas de la contemplación serena de la naturaleza ó del reposado estudio del gabinete, sino en borbotones espontáneos y atropellados, á manera de catarata informe tal vez, pero siempre majestuosa, con ese armónico boato, y ese ritmo natural que toma la lengua castellana en los labios de nuestro pueblo, herencia directa de aquellos latinos que ensayaban sus discursos en las Termas, ajustando las armonías de la palabra con los ecos de las bóvedas, y de aquellos árabes que en el desierto desafiaban á los hombres, enamoraban á las mujeres y acariciaban á sus caballos en prosa rimada.

Sí, tienes razón, mi caro amigo, poeta popular que recuerdas los Romanceros del siglo XVII, como Zorrilla recordaba los poemas del Cid y de Gonzalo Berceo, las cántigas de los trovadores, y los himnos de los poetas árabes á la hermosa tierra andaluza, los cuales imitó sin conocerlos acaso; tienes razón, caro amigo; no sólo el idioma poético está identificado en nuestra patria con el vulgar, sino que «la poesía brota de nuestro lenguaje tan espontánea y natural, que es en él esencia, más que accidente», sin ser tampoco, según añades con verdadera elocuencia, «vano artificio retórico sujeto á reglas determinadas, sino la adaptación á una idea ó un sentimiento de frases originariamente rítmicas y de metáforas y locuciones, que aun sin la vestidura del verso, se distinguen por su elevación y brillantez». Pensar lo contrario, como algunos hacen ahora, es palpable muestra de superficial educación literaria, y esa bebida en fuentes extranjeras, con relación á idiomas de muy distinto abolengo

que el español, y á organismos vocales antimúsicos, tan distintos del nuestro como la sierra lo es del violín, como el graznido del cuervo del arrullo de la paloma.

Los paladares embotados por exóticas lecturas, que forman por lo común la incompleta educación literaria de las nuevas generaciones, ¿cómo han de penetrar el sentido íntimo del patrio idioma, cómo han de comprender el primoroso enlace, la natural compenetración de nuestra prosa y nuestra poesía, el copulativo misterioso que en el pensamiento español engendra, al mismo tiempo, la idea que va á romper su capullo de crisálida, y el ritmo y la armonía que le dan alas para volar jugueteando como mariposa?

La lengua castellana,
Es una verdadera melodía,

ha dicho en prosa rimada y en este mismo lugar, un músico ilustre, confirmándolo, acto seguido, el académico de erudición y facultades más estupendas (con cuyas señas ni á uno ni á otro necesito ya nombrarlos), cuando dijo que nuestra lengua «es una de las más musicales que jamás han hablado los hombres», y para conocer las verdaderas causas de que *nosotros los españoles hablemos en verso-prosa* (que son por cierto otros dos octosílabos perfectos, brotados con igual espontaneidad de la misma fuente), es forzoso conocer los caminos por donde el romance castellano fué emancipándose del latín y del árabe, guiado por la Iglesia, que no contenta con tener ya acomodados sus salmos y profecías hebreas al hermoso canto ambrosiano en los sonoros metros de Horacio y Virgilio, enseñó al pueblo á traducir las oraciones para que mejor las aprendiera, según observa muy oportunamente el Sr. Palacio en su discurso; prosa rimada tan sencilla y natural, que sólo pide, y eso en raras ocasiones, algún epíteto y la repetición de alguna palabra para ser perfectísima (1). En las escuelas modestas, donde toda-

(1) Véase un ejemplo:

Dios te salve, Reina y madre.

vía los niños rezan cantando, se conserva esta hermosa tradición de los tiempos patriarcales, que por medio de la canturia rítmica graba en los corazones el principio religioso con tal fuerza, que suele ser después en las clases pobres guía de la vida, consuelo único á sus miserias. El mismo origen hebreo-latino tienen los refranes y proverbios, que no sin razón llamamos la sabiduría popular, por el alto sentido con que los acomodaron nuestros antepasados á la prosa poética.

Inoportuno sería estudiar aquí las evoluciones que en la Edad Media hicieron los elementos lexicográficos existentes en la Península para formar el romance castellano, y los musicales dialectos portugués y lemosín, produciendo á par el curioso fenómeno de dos grandes literaturas paralelas que recíprocamente se compenetraban é impulsaban, la arábiga y la española. Fué la primera como un fuego fatuo, obra al fin artificial de una civilización prestada por la raza vencida á la vencedora, que si pudo sujetar el territorio fué dulcificando su brutal naturaleza al contacto de un clima espléndido, de unas costumbres más suaves que las suyas y de un estado social y religioso muy superior al de aquellas tribus salidas del Atlas. Hermanos por el sol y por el suelo, por la soñadora fantasía y por el amor á las mujeres y á las aventuras caballerescas, hubo dos siglos, el noveno y décimo, en que, vencidos y vencedores, formaron casi una misma familia intelectual, salvo en las cuestiones religiosas y filosóficas, que minando al fin el poder árabe, produjeron la caída del califato cordobés, la guerra civil y la invasión de los almoravides.

Pero la influencia literaria de los elegantes poetas del Andalus quedó tan arraigada, principalmente del Turia al

---

Madre de misericordia,
Vida y dulzura, esperanza,
Esperanza nuestra hermosa.

El bello libro de D. Antonio Arnao, *La voz del creyente* (Madrid, 1873), contiene muchas paráfrasis de estas en prosa rimada.

Tajo, que no hay medalla antigua que conserve su cuño tan visible. Si no mienten sus historiadores, los árabes españoles apenas hacían uso de la prosa ni en la conversación ordinaria, siéndoles el metro y la improvisación familiares. De Silves, pueblo portugués hoy, cuenta Dozy en su *Historia de los musulmanes de España*, que hasta los campesinos hablaban en verso. Sus *raucies* ó recitadores rivalizaban con nuestros juglares, y no satisfaciendo ya sus rudas kasidas en los últimos tiempos al delicado gusto de los reyes de taifa, traían á grande costa de Sicilia poetas y literatos para ornamento de sus cortes. Ellos educaron en Silves al príncipe Itimad, luego Al-Motamid, que elevó al trono de Sevilla á una simple esclava, por ser improvisadora, la célebre Romaikia, de poética y lamentable historia, que se bañaba en agua de azahar, convirtiendo en piscinas los patios del alcázar sevillano. De Silves sacó también Itimad, para su primer ministro, otro poeta con quien se había criado, y que al fin murió á sus manos, realizando una lúgubre profecía.

Igualmente curioso, aunque inoportuno ahora, sería investigar si la variedad de metros la introdujeron los musulmanes en España antes que los trovadores, mal hallados con la monotonía del alejandrino monorrímico que hace enojosa la lectura de nuestros primeros monumentos literarios. Apunta el Sr. Moreno Nieto en su *Gramática árabe*, que á ellos les debemos las asonancias, pero conviene advertir que éstas aparecen alguna vez en el *Poema del Cid*, y en obras donde la influencia arábiga se siente menos que la neolatina. En la prosa ocurre lo contrario; la tendencia musical ó rítmica se impone desde los primeros momentos, y tenemos en prosa rimada latina de la cruz á la fecha el *Crónicón* que hasta nuestros días se ha atribuído al Pacense con error notorio. En otros *Cronicones*, y sobre todo, en los documentos de cancillería y de curia, más sujetos á la corriente popular y á la conveniencia de ser bien entendidos, abundan los párrafos rimados á la moda arábiga (1), y por

(1) Es tan importante este dato para la historia de nuestra prosa, que bien

cierto que demuestran alto sentido estético, al huir de las consonancias que tanto deslucen la prosa, prefiriendo el verso libre, lo que no supo hacer bien la poesía tan siquiera al inventar el metro llamado romance, que aparece por primera vez en el *Cancionero* de Stúñiga (1488). Afea los primeros una insufrible mezcla de versos libres y consonantes monorrímicos, que ni algunos de los poetas más atildados supieron evitar (1).

---

merece alguna ilustración. *El Notum sit*, por ejemplo, ó *Sit omnibus notum*, que encabezaba los documentos latinos, se tradujo en nuestro naciente castellano de esta manera elegantísima:

«Cognoscida cosa sea | a todos los que vieren la presente.»

Y todavía en el galaico portugués, que también estaba naciendo, se hizo más breve la traducción en dos octosílabos:

«Cognoscida cosa seya | a os qui sum e a os qui han de viir.»

En el documento de que copiamos esa cabeza abundan variedad de metros armoniosos, que la poesía no usaba aún.

«En Johan Perez clérigo | de Funar, hijo de Pedro | Fernandez de Gumeyli | mando á Sancta María de Ferreira | os meus igrigarios por mia alma.»

Hasta en los párrafos más curialescos y característicos se encuentra prosa rimada de cierta elegancia. Véase esta donación de D. Alonso el Sabio:

«..... para dar para vender | para empennar para camiar | para enajenar é fazer | dello et en ello lo que vos quisierdes | cnemo de lo vuestro mismo.»

Que en las *Partidas* y en las obras literarias de D. Alonso, encontremos prosa poética, nada tiene de particular, procediendo de un magnate que escribía en colaboración de los trovadores; pero los plumistas de la curia pertenecían á las clases populares más indoctas. Prueban igualmente esos ejemplos que la prosa inventó el octosílabo antes que la poesía, donde no se encuentra con carácter propio y cuño nacional hasta la crónica rimada ó *Poema de Alfonso XI*, que debió ser escrito por Rodrigo Yáñez, muy mediado el siglo XIV.

(1) Ofrecemos dos muestras de estos imperfectos romances. El primero, sin duda de carácter muy popular y de inspiración latino-morisca, tan lleno de reminiscencias paganas, que presenta á D.ª María, hija del rey de Castilla, casada, con Alfonso el Magno:

En el templo de Dyana,
Do sacrificio fasía,
Vestida estaba de blanco,
Un parche de oro ceñía,
Collar de jarras al cuello
Con su grifo que pendía,
Pater noster en sus manos
Corona de Palmería.

El otro romance es el que escribió, á la muerte del Rey Católico, uno de los poetas más castizos y educados de la época de transición del siglo XV al XVI

La prosa, en cambio, seguía ensanchando sus horizontes, con un ritmo especial y períodos musicales. Desde los primeros tiempos de la imprenta se hallan no pocos libros con variedad de metros, sin propósito del autor, como florecillas espontáneas en un sembrado nacidas. Siendo mozo y estudiante en Salamanca el célebre coplero Gracia Dei, le imprimió su primer libro el Conde de Alba, llamando al efecto por el año de 1469 á su castillo de Coria, en Extremadura, á maese Bartolomé de Lila, impresor flamenco que andaba ambulante por España propagando, á manera de los comisionistas modernos, el nuevo arte de los moldes. Por la muestra, los de maese Bartolomé eran todavía entallados ó abiertos en madera, que llamaron xilografía, hasta que se descubrió poco después el hacer las letras móviles y de plomo. Pues en este libro, que rotuló el estudiante *Blasón general y nobleza del universo*, desde la primera plana que, á guisa de introducción, encabeza el índice, hablando con el rey D. Juan II de Portugal, entremete en su mala prosa octosílabos acaso mejores que los infinitos que compuso después en su oficio de rey de armas de los Católicos (1).

Entrado ya el siglo XVI, la prosa rimada, unas veces espontánea, y muchas con deliberado propósito, prueba de que las gentes estaban al género aficionadas, abunda no ya en los libros de caballerías que tanto se prestaban á la imi-

---

Bartolomé de Torres Naharro, el cual usa igualmente de la consonancia monorrímica. Empieza así:

Nueva voz, acentos tristes,
Sospiros de gran cuidado,
Palabras corriendo sangre
Con dolor atribulado,
No me quedéis en el pecho
Más de dejar un traslado,
Ni me salgáis por la boca
Que es camino muy usado.

(1) Rey justo super ilustre | á los virtuosos varones | que de nobles tienen nombre | muchas veces acaesce | platicando la nobleza. . . . . .

Yo pequeño servidor | muy mayor en el deseo | que el efecto lo demuestra por dar al ocio cuidado | y á la virtud ejercicio | hice del sueño vigilia. . . . . .

tación árabe, sino en los místicos y devotos, en los de filosofía, y sobre todo en los de literatura popular rufianesca, de que son prototipo nuestras *Celestinas* incomparables. Ellas, con poquísimas alteraciones, podrían ser todas puro verso. La primera, así como tesoro de lenguaje, lo es de metros peregrinos.

«Si la locura | fuese dolores | en cada casa | habría voces. | Desatinado eres | sin pena hablas | que no te duele Parmeno, | donde á mí.....»

Pues de la *segunda Celestina*, que escribió Feliciano de Silva, óigase este gallardo párrafo, á propósito de los que en materia de amores se andan por las ramas pudibundos y timoratos:

«Esto hace á estos caballeros | jamás alcanzar mujer, | que el tiempo se les va en elevaciones. | Encomiendo al diablo | cosa que las mujeres | destas filosofías (se percaten) | ni se les da por ellas una paja | y por mi fe que creo | que por ellas se dice | que hablar claro Dios lo dijo.»

En la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, llamada Tercera *Celestina*, el toque de la dificultad consiste en la elección de ejemplos. Oíganse estas bravatas de un valentón:

«No pases adelante, | que juro á la serpentina | vara de Arón y Moisés, | si es para desafío, | afrenta ó matar alguno, | antes (lo verás) hecho que mandado.»

Lo propio acontece con ese clarísimo espejo de naturalismo español, llamado *Retrato de la lozana andaluza*, donde se ve andar en carnes vivas la Roma truhanesca del siglo XVI. Copiaremos un breve párrafo, que es quizás la fe de bautismo de una palabra hoy popular y corriente en nuestra milicia:

«Estos son charlatanes, | sacamuelas, gasta potras | que engañan á los villanos | y á los que son venidos nuevamente, | que aquí los llaman bisoños.»

Contraste peregrino forma con estos libros el del reverendo y devoto padre Fr. Alonso de Traspinedo, que, con el título de *Fasiculus myrræ*, es un manojuelo de devociones,

que trata de la pasión de Cristo y de su vida. Aunque impreso á renglón tirado, está escrito absolutamente en verso, excepto una advertencia de 12 líneas al folio 175 de la reimpresión hecha en 1553, en Amberes, única que conozco (1).

Entre los primeros libros de filosofía, cítase generalmente como hecha en prosa rimada, la primera traducción del de Severino Boecio, y en efecto la portada reza que *el estilo* (es) *nunca antes visto en España*, pero no está sino la mitad en muy malos versos, al uso corriente cortados. Allí se ve palpable la diferencia entre lo espontáneo y lo artificioso (2).

Mejor llena las condiciones de nuestra tesis *La suma de filosofía*, de Alonso de Fuentes, autor más conocido por sus *Cuarenta cantos peregrinos*, á causa de ser este libro una verdadera antología, que hasta contiene romances de la conquista de Málaga y Granada.

Redúcese la *Suma* á un diálogo entre un caballero andaluz y otro italiano (*Vandalio* y *Etrusco*), está hecha con el artificio de hablar Vandalio en verso suelto castellaño, y Etrusco en verso suelto italiano, y en el mismo argumento ó prólogo, que es un elogio de Sevilla, escrito á mi parecer sin intención poética, abundan versos de ambas clases y aun aconsonantados, lo que en el diálogo no acontece (3).

---

(1) Así principia la introducción:

Á gloria del Salvador | Y muy alto medianero | Jesucristo verdadero | Nuestro eterno Emperador, | Contaré con su fabor | De su vida alguna cosa | Y de la pasión penosa | Que sufrió por nuestro amor.

(2)

Vino Ulises fatigado
Con su flota y compañía,
Á do estaua aposentado
Aquel cíclope nombrado
Que los hombres se comía:
Y después que hubo comido
A los que pudo tomar,
Ulises, fuerte, atrevido,
Como lo vido dormido
Trabajó por se vengar.

(3) Daremos alguna idea del diálogo, eligiendo un pasaje del folio 16, muy apropiado á nuestros tiempos materialistas:

*Cosa nueva*, llamó Gaspar de Texeda, con razón, á un libro en que á mediados del siglo XVI enseñó *Estilo de escrevir cartas mansajeras cortesanamente*, y lo hizo en verdad por tan notable estilo, que apenas puede medirse la distancia entre la *Cosa nueva* y los *Libritos para escribir y notar cartas* que se venden ahora por las calles. Del de Texeda se ha hecho artículo especial por el autor de este Discurso, que anda por los periódicos de antaño, donde podrá verse el gran partido que los escritores de la buena cepa española sacaban de los asuntos más pequeños. Muchos y muy buenos versos hay allí, en cartas de amores y negocios.

Cerraremos el ciclo, por decirlo así, clásico de la prosa rimada literaria, con la obra en que más espontánea abunda de cuantas han llegado á nuestras manos, obra de tan extrema rareza, que ha permanecido inédita hasta 1886, en que la sacó á luz el infatigable señor Gayangos, en la selecta *Colección de los bibliófilos españoles*. Un doncel vecino de Jérica, en el reino de Valencia, por nombre Bartolomé de Villalba, más curioso que letrado, peregrinó casi toda España y parte de Portugal, con calabaza, bordón y capotillo de conchas, apuntando en un mamotreto, que nombraba *El pelegrino curioso y grandezas de España*, cuanto en ciudades, monasterios, ventas y caminos observaba ó le acontecía, de lo cual resultó un libro entretenido, de muy apacible lectura, y hasta en muchos casos de importancia histórica. Por ejemplo, la famosa *Abadía*, que estaba construyendo á la sazón entre Salamanca y Extremadura el Duque de Alba, y que después

---

«Ninguna secta tan falsa | que alguna verdad no tenga, | mas por las muchas mentiras | desechamos la verdad.

»Esta opinión de epicúreos | ser hecho el mundo de átomos | muy grandes misterios tiene | sin sentir lo que dixeron. | Porque dixeron que aquestos | átomos son sin comienzo | y volaban por el aire | y que éstos eran partidos, | y que después se ajuntaron | en cuatro cuerpos muy grandes. | Es falso y muy fabuloso.»

El italiano Etrusco habla mucho peor:

«Estas partes chicas que me dize | que son elementos, yo le ruego | me diga si se pueden ver ó no, | porque si son visibles, es forzado | que sean largas, anchas y aun espesas.....»

Lope de Vega popularizó, *el Pelegrino* es el primero que la describe, así como la historia de los *Amantes de Teruel*, que había de tardar medio siglo en hacerse pública por el Notario de aquella ciudad Juan Yagüe de Salas (1616).

Aun no siendo, á la verdad, Villalba grande ni mediano poeta, acaso tuvo la pretensión de escribir toda su obra en verso, pues los entreteje en largas tiradas y relaciones, y en la prosa con tanta abundancia los siembra, que sólo en una página abierta al azar (la 111) hallamos los siguientes:

«Pues estando en el más alto trofeo | y subido á las nubes..... | un punto de mi tristura..... | después de mucha grita, | odio, rencor y soberbioso término..... | has de tomar el marido | que te diere este viejo de tu padre. | Del cual razonamiento | tan súpito y furioso..... | sin mudación notable, | con un hablar honesto, | con un aspecto grave, | pesando bien sus palabras, | respondió prestamente. | Me admiro que con tales | nuevas y arrebatamiento | entréis al aposento | de vuestra humilde hija, | que ni ha delinquido en pensamiento.»

Parécenos que en 30 renglones de prosa, 18 versos, prueban harto bien la calidad poética de la tal prosa, mientras la poesía formal le resulta al doncel de Jérica afectada, huera y, sobre toda ponderación, prosaica (1).

## III.

Hemos visto la gentil facilidad con que nuestros escritores se asimilaron la prosa rimada de los árabes, indicio seguro de que las costumbres y las principales manifesta-

---

(1) En algunas ocasiones, como por ejemplo, cuando dice:

«Vuestra pasión ya sé; vuestro accidente | llaga es la del amor que á todos llega.»

(Dos rotundos endecasílabos) llegaríamos á dudar si fué su intención hacer verso ó prosa; como cuando á renglón seguido le salen estos otros á manera de seguidillas y ovillejos, que por aquel entonces ni de nombre conocían los poetas:

«No sois vos sola | la fatigada, | no habéis perdido | la vida como Dido. | No habéis perdido á Troya | como la reina Ecuba. | No os han comido gusanos | como á Tisbe | ni habéis tomado ponzoña | como Cleopatra.»

ciones de la vida intelectual de ambos pueblos, habían llegado á la identificación, ó poco menos. Federico Schack casi lo afirma, como resultado de sus investigaciones, en el prólogo de su *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia;* pero antes, mucho antes que él, había dicho nuestro Alderete en su *Origen y principio de la lengua castellana*, que «los árabes, señores de la tierra, lo eran también para que su lengua se hablase»; observación cuya exactitud ha demostrado y demuestra cada día más y más el progreso de los estudios orientales. Cuando el elegante traductor de Schack, D. Juan Valera, tuvo la feliz ocurrencia de poner en coplas de pie quebrado la bella elegía dedicada por el poeta rondeño Abul-Becka á la caída de Sevilla y Córdoba en manos de San Fernando, justificó plenísimamente la sospecha que ya había concebido el catedrático de árabe D. León Carbonero y Sol al traducirla en prosa algunos años antes, de que la célebre elegía de Jorge Manrique, á la muerte de su padre, fué inspirada, y algo más que inspirada, por la de Abul-Becka, abriendo así á la crítica un horizonte inmenso para considerar cuán vigoroso permanecía aún el espíritu arábigo en España al rayar el siglo de oro de nuestra literatura. ¡Cuántos elementos constituyentes de ese espíritu no podrían hoy mismo señalarse con el dedo, principalmente en nuestras regiones y entre nuestras razas meridionales, si en la esfera literaria permanecieran de pie, por decirlo así, los documentos justificativos como lo están en la del arte la Alhambra de Granada, la catedral de Córdoba y el Alcázar de Sevilla! Ellos también demostrarían más y más, que si pudo aquel pueblo inculto, salido en su mayor parte de los desiertos de Africa, alcanzar un grado de civilización tan rápido y esplendoroso, antes que á su propia virtud intelectual fué debido á la influencia de la raza vencida, que hasta en su religión influyó y en sus más íntimos y geniales sentimientos (1).

---

(1) Las poesías de Abul-Becka y Jorge Manrique son tan hermosas, que no debemos prescindir en esta ocasión de hacer de ellas breve cotejo.

Quizás la iniciativa del genio español en aquel florecimiento justifique la acusación que se hace á nuestra raza, bajo el aspecto político, de haber demostrado escasa virilidad ante el pueblo conquistador, y ello es que en el mismo siglo IX, como observa el citado Sr. Valera, se quejaba Alvaro de Córdoba de la facilidad con que los cristianos abandonaban el estudio del latín para dedicarse á la lengua del Yemen, existiendo ya magnates, y aun obispos, que componían elegantes kasidas. Del mismo libro de Sckack se deducen multitud de datos no menos significativos de este género. Desde los certámenes de Ocaz, ciudad próxima á la Meca, que dieron origen á las Cortes de amor de nuestros trovadores provenzales, pasando por los infinitos de que apenas hay noticia, y que tuvieron por palenque la Córdoba de los Abderramanes, Sevilla, Badajoz, Almería y otras ciudades, cuyos señores ó reyezuelos vivieron rodeados de poetas, y quizás por eso en la molicie que contribuyó á su ruina, hasta los plagios é imitaciones de nuestros libros de caballerías y nuestros monumentos poéticos, la escala interminable llega á

---

ABUL-BECKA.

Cuanto sube hasta la cima
Desciende pronto abatido
Al profundo:
¡Ay de aquel que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo!
En todo terreno ser
Sólo permanece y dura
El mudar:
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.
Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
Al olvido:
Plazo breve á toda gloria
Tiene el tiempo presuroso
Concedido.

JORGE MANRIQUE.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
. . . . . .
Pues que vemos lo presente
Como en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente
Daremos lo no venido
Por pasado.
. . . . . .
Nuestras vidas son los ríos,
Que van á dar en la mar,
Que es morir:
Allá van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.
. . . . . .
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.
. . . . . .

las costumbres y la vida íntima de nuestro pueblo, principalmente en la Bética y la Lusitania, últimas regiones que los árabes abandonaron. Nadie que tenga sangre española en las venas puede leer sin emoción el famoso desafío que Vasco Núñez de Balboa, metido hasta la cintura en el mar del Sur, que acababa de descubrir, espada y rodela en una mano, y tremolando en la otra un crucifijo y la bandera de los Reyes Católicos, lanzó contra las aguas y los vientos, contra los hombres nacidos y por nacer, contra los reyes venidos y por venir, que contradijeren á los de Castilla «el imperio y señorío de aquestas Indias, islas é Tierra firme septentrional y austral, así en el polo ártico como en el antártico, en la una y en la otra parte de la línea equinoccial, dentro ó fuera de los trópicos de Cáncer é Capricornio.. .. Así en lo descubierto como en lo por descubrir.....» Que allí estaba él para sostenerlo de solo á solo, á pie ó á caballo, en mar ó en tierra..... y lo pidió por testimonio al escribano de la armada.

Y, sin embargo, ¿qué es el reto de Vasco Núñez, sino una reminiscencia oriental, quizás inconsciente, quizás transmitida por los trovadores y por los libros de caballerías, de aquel arrogante Ocba, caudillo de las leyendas árabes, que al llegar en sus conquistas á la costa occidental de África, metióse en el agua hasta la nariz de su camello, y exclamó:— «Alá, yo te pongo por testigo de que hubiera llevado más adelante el conocimiento de tu santo nombre, si no me lo impidieran las olas de este mar amenazando tragarme.»

¿Qué más, señores? Las mismas creencias religiosas de ambos pueblos se compenetraron, según hemos indicado más de una vez, hasta el punto en que pueden la luz con la tiniebla confundirse, el sentimiento que eleva el alma á las alturas de lo infinito, con el que la distrae y extravía por los espacios de la sensualidad y la materia. No debo recordaros nuestro llamado fanatismo de los siglos XVI y XVII, que si produjo, en verdad, no pequeños errores, seguramente produjo en mayor número cosas y empresas muy grandes, fanatismo que se fué modificando á medida que la sangre de

los yemenitas se entibiaba en nuestras venas, quizás para recibir otros impulsos menos elevados y poéticos; pero importa á mi tesis recordar, con todas las salvedades que lo delicado de la materia exige, las frecuentes apariciones del apóstol Santiago á nuestros reyes, y su intervención personal en las batallas con los moros desde el mismo amanecer de Covadonga, indicando al mismo tiempo que los árabes españoles tuvieron también su Santiago, pues el Miramamolín Jacub ben Jusuf, que venció en Alarcos á nuestro D. Alfonso VIII, tuvo la víspera de la batalla la visión de un ángel del séptimo cielo, que le profetizaba la victoria....., montado igualmente en un caballo blanco.

¿Cómo extrañar, señores, que el pueblo español, principalmente en las regiones mencionadas, que han sido y serán siempre las más influyentes en nuestra literatura, al expresar sus ideas en un idioma, ó dicho mejor, con un instrumento que le dejaron hebreos, latinos y árabes tan bien templado, que sus cuerdas vibran solas como las arpas de la fábula al soplo del viento, ya cante, ya improvise, cuando reza, cuando llora, cuando habla, y en resumen, cuando el soplo de la pasión hace vibrar las cuerdas de su alma? ¡Si hasta puede sostenerse que en los pueblos como el nuestro es la poesía un órgano más de este misterio fisiológico que se llama el hombre!

Y por cierto, que mientras más se le enaltece y con más pomposos calificativos se le sublima, convirtiendo el llamado hoy documento humano en principal estudio de las ciencias y la literatura naturalista, aguzado en demasía el sentido filosófico nos ciega para percibir en el hombre lo espontáneo, lo característico, lo que al cómico latino hizo concebir la primera idea de la humanidad, único alcance y verdadera misión del arte meramente literario, y en busca de excepciones, extravagancias y fenómenos, se olvidan las reglas generales, lo que todos vemos, lo que todos sentimos, lo que á todos nos conmueve de análoga manera.

¡El hombre! ¡El documento vivo! ¡Ahí es nada! No digo yo una inscripción cuneiforme, un jeroglífico egipcio, un

palimsesto greco-romano, cualquiera escritura de mediana antigüedad ofrece á la interpretación dificultades, como á cada hora se está viendo entre los sabios. ¡y pretendemos romperle los sellos del misterio divino á ese libro cerrado por la mano de Dios, á ese microcosmos inexcrutable, que ni siquiera ha llegado á conocerse á sí mismo en los miles de años que lleva peregrinando sobre la tierra! Con profunda exactitud ha dicho recientemente un ilustre pensador, nuestro compañero y amigo D. Federico Balart, estudiando la influencia de la literatura en el suicidio, que lo que ella hace hoy no es traducir el documento, sino pintar la bestia humana.

Solamente con volver los ojos al reverso de la medalla, al eterno femenino que decimos con frase exótica, pero real y expresiva, se hace notoria la dificultad de ese estudio, y cuán desatinados andan los que alardean de conocer á las mujeres, porque las pintan histéricas ó monomaníacas, que es la moda de este momento en literatura, principalmente en el teatro. No sin razón se ha dicho en este lugar, ha pocos días, que los poetas dramáticos tienen más poder que Dios mismo, pues «disponen á su antojo del libre arbitrio de los personajes que crean»; pero deben de hacerlo obedientes al imperativo categórico de todo artista, que es el ideal humano, y lo hacen al revés nuestros dramaturgos, que truecan esta libertad en anarquía, creando los tipos femeninos sin sujeción á ninguna ley humana ni divina: verdaderas muñecas de toscos resortes, que no tienen otra realidad que el capricho del que las maneja. Hay que taparse los oídos cuando las damas razonables y dignas de este nombre, que abundan más de lo que parece, entre sí discuten la falsedad de esos caracteres que aplauden ó dejan aplaudir en el teatro por sugestiones del modernismo. ¿Qué mujer medianamente educada cree en conciencia que el adulterio sea casi un derecho natural suyo, casi una ley fatal é inevitable del matrimonio, tesis impía que caracteriza por lo común hoy las obras teatrales, tesis encaminada á poner en duda la eficacia de un sacramento, que no sólo es la base más firme del estado social, sino el

mayor freno de las pasiones y el crisol más purificador de las costumbres? Y si á esto se agrega que el tal derecho ha de ejercerlo principal y preferentemente la esposa, cuando el marido sea un perfecto varón, canonizable para propios y extraños, incluso para ella misma, y ha de ejercerlo á beneficio del más ruin y despreciable de cuantos hombres la conozcan, no hay que decir si en semejante caso la bestia humana se encuentra en su género propio, en el femenino, y si estarán las mujeres de bien dispuestas á vituperar á sus calumniadores, diciéndoles como la de *El hombre de mundo:*

No hay nada aquí que me choque;
el que trata solamente
con cierta clase de gente,
¿qué extraño es que se equivoque?

## IV.

Así, pues, los que auguran en España la total desaparición de la forma poética, mediante el estudio hecho en el documento humano vestido de bolsista, de comerciante, de político, ó en esa juventud de casinos y cafés, á quien por lo general todas las coplas le parecen de Calaínos, y soso todo libro que no sea el de las 40 hojas, prescinden nada menos que de la materia prima, la forma y la sustancia de ese mismo documento, á saber: las mujeres, los niños y el laboratorio enorme é incesante de esencias y formas sociales, que se llama el pueblo. Todos ellos en sus manifestaciones más vulgares, entregados á su espontaneidad y á su naturaleza, exhalan, digámoslo así, de todos sus poros, tan sencilla y constante poesía, que ni como esencia ni como forma puede nunca desaparecer. Y no hablemos de los cantos populares, ni de los de *nana*, ni de ninguna de esas especialidades esencialmente poéticas que forman tan bellos ramos de nuestra literatura. Ni tampoco vengan las madres á declarar en este pleito (las madres verdaderas, no las que entregan sus hijos

al nacer á una nodriza, previo reconocimiento médico, y luego á una institutriz sin reconocerla por dentro ni por fuera), sino esas madres que enseñan á sus hijos por sí mismas á rezar y andar, de las cuales sabido es cuán tiernos poemas componen en colaboración de sus balbucientes amanuenses, poemas que ningún escritor ha sabido traducir al lenguaje humano sin amanerar su estilo y hacer su dulcedumbre empalagosa.

A más toscas y no menos bellas manifestaciones de la prosa rimada queremos referirnos para concluir este ya enojoso discurso. Basta de flores de jardín, que el cultivo perfecciona y tal vez desnaturaliza.

Cierta mañana de primavera pasaba yo junto á un corro de soldados, que acosaban en la Plaza Mayor á una robusta Maritornes, y toda mi vida recordaré confuso esta andanada que le soltaba uno de ellos con la mayor naturalidad:

«Yo conocí á un asistente | que le lavaba la cara | á la mujer del teniente.»

Aunque no eran ya de este mundo Bretón de los Herreros ni Narciso Serra, la sencillez de aquel terceto, digno de *Pascual y Carranza ó el Amor y la Gaceta*, me hizo volver los ojos al soldado-orador, que seguía manoteando y gesticulando con verdadera inspiración parlamentaria, sin duda para convencer á su interlocutora..... Pero ¿de qué, santo Dios?..... He aquí lo que todavía me preocupa y atortola: ¿Adónde se dirigiría la dialéctica de aquel bravo, con el argumento del asistente que le lavaba la cara á su tenienta? ¿Sería por ventura un propagandista por estilo de los del jabón del Congo, que con tanta oportunidad nos recuerda el Sr. Palacio, propagandista, no de adminículos para lavarse, sino de la reciprocidad de este servicio entre los dos sexos, una especie de lavatorio libre, como el que ahora se predica del amor?.....

Pues no dudo que entre los que me escuchan habrá algún testigo presencial, ya entrado en años, por supuesto, de una improvisación de las más estupendas que se han oído en la antigua plaza de Toros de Madrid, viejo armatoste, que por

haber heredado su solar esas elegantes calles de Columela y del Conde de Aranda, parecen tristes y como abrumadas por tradiciones que no pueden sostener.

Lucían los palcos, á manera de cornisa, sendos tarjetones con nombres de toreros célebres, algo así como epitafios, no de muertos á mano airada, sino á cuerno limpio. La tarde que se estrenó el de Montes, pudo reparar y reparó muy bien el concurso, que ya sólo quedaba un palco sin letrero. La tabla redonda de la fama torera iba á llenarse. La cuadrilla lo reparó igualmente, quién limpiándose una lágrima, quién rezando á la memoria del maestro *Paquiro*, que había recibido su última cogida el año anterior en aquella misma plaza. Digamos ya que á uno de los cornúpetos de la tarde, cargado de banderillas y de mala intención, le ocurrió á última hora entablerarse y no hacer caso del trapo rojo cuando el matador se lo metía por las narices. Pasaban minutos y más minutos; el público impaciente; la Presidencia irritada; los muchachos bailando cada cual á su compás delante del toro; el espada, como Manolito Gázquez, *tenza que tenza*, quizás con los ojos más turbios que el mismo agonizante; llovian los consejos, los insultos, las excitaciones, las amenazas, y en un momento de solemne silencio en que el matador parecía decidido á jugarse el todo por el todo, salió una voz gritando con ternura: «Atrévete, hijo mío, | que hay un letrero vacío.» Con ternura, lo repito, que aquella voz melosa y dulce todavía me eriza los cabellos. ¡Improvisado y cariñoso padre que deseaba al torero una posteridad gloriosa!..... ¡el último epitafio de la plaza vieja!

Oigamos ahora para refrescar el ánimo lo que una mujer del pueblo, interrogada por un noticiero periodístico ha pocos meses, acerca de la venta de un niño, exclamaba con tanta naturalidad como el augur de la plaza de Toros: «Aunque yo soy una pobre, | al hijo de mis entrañas, | que le he dado mi sangre, | ¿lo había de vender por treinta duros?» ¡Qué prosa tan poética y qué versos tan sencillos!

Extraño parecerá que tratándose del pueblo y de los toros no haya sonado aún la palabra Andalucía, y es que de todas

las cosas de aquella tierra tengo yo por excusada la ponderación, y aun el encomio, máxime en esto de mujeres, de poesía y de literatura popular. Diré, pues, en resumen y abreviatura, que el estudio del documento consabido en Andalucía no es para el papel ni para el lienzo, aunque se tenga la pluma de un Estévanez ó un Rueda, ó el pincel de un Murillo, á quien ocurre lo contrario de los dramaturgos de acá, pues si acertó á copiar bien á las mujeres andaluzas en sus vírgenes, jamás se atrevió, que sepamos, á ponerle reverso á la medalla, pintando al andaluz de buen trapío, labia expedita, cabeza fresca y manos largas para sacar de los mismos redaños de la tierra, con aquel ingenio que Dios le dió y el menor trabajo posible, los metales necesarios para que esta vida no sea ni perra ni arrastrada, sino propia del país de las ricas hembras, de las olorosas flores y del buen vino. Andaluz era, sin la menor duda, aquel jardinero de las *Mil y una noches*, que profesaba la máxima de que sin canto no hay verdadera alegría, pues, en efecto, no sabe tampoco lo que son carcajadas frescas ni canciones sonoras el que sólo ha oído las de la tierra fría de aquende Sierra Morena, como tampoco sabe lo que son suspiros el que no ha oído los de un galán agarrado á una reja que tarda en abrirse.

Ni en tan grave materia pondría yo mi mano pecadora cuando tantas se han puesto que estaban en olor de santidad, si entre los desperdicios del ingenio andaluz no fuera la prosa rimada el más frecuente de suyo y abundoso. Un cartapacio entero tengo en la mano, donde la mayor dificultad consiste en elegir los más característicos ejemplares, pues desde la boda al entierro, desde la junta de cofradía al conciliábulo de ladrones, toda ocasión hinche allí al curioso la medida del deseo. Salga al acaso de mis apuntes la mojamada figura de un capataz de bodega, que en Jerez el año de 1879 me tuvo horas y horas encantado con la enumeración histórica, descriptiva, ditirámbica y por todo alto estilo pintoresca, de aquellas enormes pipas que, á un lado y otro de las inmensas galerías cruzadas por ferrocarril en distintas direcciones, parecen cubos de antigua invulnerable fortaleza,

siendo, en realidad, catapultas, arietes y ametralladoras contra la razón del hombre apercibidas.

Arrancaba la relación de mi bodeguero, desde el mismo Génesis, es decir desde la misma cepa, madre de cada vino; y una lección del dios Baco, por un catedrático árabe y otro latino coreada, no sería más original, más poética ni más instructiva. ¡Cuántas especies de vides, santo Dios, y cuántos nombres clásicos, poéticos y archisonoros! La zucarí, la ataubí, la jamí, la zurumí, la vigiriega, la tamorlana, la virgiliana, la garabatona....., aquello era hacerse agua la boca y los ojos chirivitas, pensando ver á romanos y árabes abrazarse borrachos en la inmensa bodega, como unas almas de Dios, bajo la paternal bendición de Noé y entre los aplausos de sus hijas. Pues de los gigantescos toneles, tan siquiera hubo uno que el capataz nombrase por derecho, sino con motes, perífrasis, circunloquios y lucubraciones, á manera de sendas partidas bautismales más sabrosas que el mismo néctar que íbamos catando al compás de su canturia. Dijérase que aquí se explayaba el jerezano, conociendo la calidad de su auditorio, hombres más de pluma que de pelo, y más aficionados al divino espíritu, que al espíritu de vino. Agotada la sección de los Matusalenes, de los abuelitos, de los entrecanos, que vale decir de los rancios y viejos, entró la de los históricos, y allí fué donde el derroche y el despilfarro de ingenio llegaron al colmo, en nuevas prosas rimadas á manera de aleluyas para los toneles, no siempre correctas por supuesto, ni sin traspieses y verduras, pero sí de lo más ingenioso, poético y natural que pueda imaginarse. En gracia á la brevedad, sólo copiaré á la letra dos ejemplos, uno del género sencillamente poético y otro del histórico.

De un verdadero néctar nos dijo:

—«Este se llama *mil flores*, | y sabe á miel y á ambrosía | y á cielo de Andalucía.»

El histórico me hizo más tilín. He aquí cómo se llamaba aquel vino:

«Este es del lord Vellingtón, | que se metía en la tripa | cada pipa.....»

Y no quiero recordar, por no verme comprometido á describirlo, el acompañamiento de aquella original letanía, el sentencioso aplomo, la gravedad pomposa, el desatinar á veces concordado en forma de preciosos collares de desatinos, el relampagueo de ojos y el castañeteo de dedos, antes hijos de la inspiración y el entusiasmo que de la charlatanería; el fruncimiento constante de los labios, donde una monumental colilla de cigarro despedía en cada pausa espirales de humo, asemejando al bodeguero á una sibila en su antro; y sobre todo la olímpica majestad con que al terminar cada parrafada alargaba el brazo al tonel á darle una amorosa palmadita, señal diputada para que un mozo que nos hacía papel de Hebe con sendas cañas en una bandeja, las arrimase á la espita y nos diera el vino á catar. Creyendo yo lección estudiada la de nuestro *cicerone*, me lo tomaron á enojo los dueños de la bodega, protestando que á cada visita de curiosos ó extranjeros la relación era diferente, y tal que á ellos mismos los espantaba. Sobre todo, cuando eran ingleses ó franceses los visitantes, el hombre tenía que oir en la que el llamaba «lengua gibraltareña, en que se entienden carabineros y contrabandistas á tiros», quedando tan enterado el auditorio, que no hacía sino exclamar *yes-yes* ó *oui-oui*, y poner los ojos más blancos que el cuello de su camisa.

Porque disminuya cada día el número de los aficionados á estudiar nuestras costumbres en sus fuentes más puras; porque no existan hoy, que sepamos, imitadores de aquel *Solitario* inolvidable, que para aprender la verdadera lección de un romance morisco ó el tono más propio de una copla andaluza, se pasaba meses enteros en la Alpujarra, haciendo tanto consumo de jamón de Trevelez, boquerones malagueños, manzanilla y zapatos, como de pesetas, cigarros y chistes entre los cortijeros, no se ha de pensar que tan buena simiente se haya perdido en la fecunda tierra cuya propiedad tiene María Santísima, entre sus mejores títulos de Reina de los Ángeles y Emperatriz de los cielos, máxime cuando vemos, entre los mismos zarzales prosaicos de la prensa diaria, brotar flores tan espontáneas y rozagantes

como Salvador Rueda, Felipe Pérez, y otros muchos, á quienes el regocijado autor de las *Escenas andaluzas* dirigiría, si viviese, análoga salutación amorosa á la que nosotros le oímos cierta vez abrazado con una alcarraza, llamándola paisanita de su alma, sangre de su sangre, y, por último, refrigerio de sus entretelas, todo por ser ella natural de Andújar y darle al agua, según decía D. Serafín, tufillo de cegríes y abencerrajes. Sí, repitamos en conclusión y como última y decisiva protesta; no desaparecerá la poesía de entre nosotros, mientras el genio español sea el molde de todo lo romántico, de todo lo maravilloso, y se imponga en pleno siglo XIX á los mismos *yankèes*, prototipos de lo prosaico, de lo positivo y de lo maquinal, para que apelliden *Feria del mundo* á su monstruosa Exposición de Chicago, que es como haberle puesto castañuelas en los dedos y cairéles y faralaes en la vestimenta, símil de tantos *milores* como suelen verse por Andalucía de frac y corbata blanca, faja al cinto, botas vaqueras y sombrero cordobés. Ni es para olvidado que en esa Feria del mundo (World'stair), imperó como reina, aclamada por el *Evening World* y otras mil trompetas de la Fama que se miden por kilómetros, una princesa de España, nacida en los sotos del Manzanares y recriada en San Telmo, entre la Torre del Oro y las Delicias, D.ª Eulalia de Borbón, la más airosa mantilla y el más señoril donaire, que desde Goya acá desafía á tapices y pinceles.

Y pues de imposiciones del espíritu español se trata, de la espansión y de la influencia externa de este romanticismo entrañable, inmanente y castizo, ¿qué decir de las corridas de toros en la Francia del Panamá y del Teatro libre, que en su periódico *Le Toreró* ha publicado un *Hommaje á Lagartixó* con firmas académicas, bilingües ditirambos y dibujos pagados á peso de oro? Infelices plagiarios, menguados caricaturistas, ni aún enseñados por nosotros acertarán nunca á lucir de verdad garbo y majeza, á despilfarrar ingenio y fantasía, y á eclipsar todas las galas del mundo, como hemos hecho en esa mismísima retirada de Lagartijo, más famosa que la

de los Diez mil, conmoción de media España y Portugal, desesperación de enfermos y de pobres, y, en fin, estallido de las musas, que buenas con malas y pespunte con zurcido han inspirado más composiciones que las A A y las X X de los poetas chirles, no siéndolo en verdad algunos de los tauromanos, que ahí se descolgó, verbigracia, la vetusta *Correspondencia* nada menos que con un poema por lo clásico y lo rotundo, en octavas reales, con su *Arma, virumque cano* y todo, y su profecía religiosa de que

Rezará el calendario á día fijo
S. Rafael Molina (Lagartijo).

No tema, pues, el nuevo académico que se pierda la fe en la poesía, donde surgen de ese mismo batallón prosaico de los periodistas, héroes capaces de subir hasta lo último de la Giralda, y celebrar entre cielo y tierra una conferencia política,

Siguiendo la costumbre en casos tales
De los corresponsales.

Y ¿con quién dirán ustedes, pacientísimos lectores, cuya longanimidad estoy agotando?..... ¡Conferencia trascendental y de alto vuelo! con el Giraldillo, que, en efecto,

Colocado á una altura extraordinaria,
Rodeado sin cesar de pajarracos,
Más gordos ó más flacos,
Y demostrando en su conducta varia
Carácter inconstante.....;
Ya mirando á Palacio frente á frente,
Ya volviendo la espalda prontamente,
Según el viento sopla allá en la altura,
Donde luce orgulloso su figura.....
Si esto no es un político moderno,
Que venga á verlo el Hacedor eterno.

Torre por torre, estoy seguro que la del hotel de las orillas del Plata, tan melancólicamente descrita por el nuevo

académico al final de su discurso, si la recuerda ahora pensando en la Giralda y en la aventura del periodista,

Que quiso hacer al Giraldillo el bu,
Celebrando con él una *interview*,

le afirmará como á mí en la creencia de que la poesía está en todas partes donde pueda el alma humana descubrir un rayo de cielo, aunque sea á través de los hilos del telégrafo, y de las espesas y artificiales nubes de la industria. Aquel silbido del pampero, que fué el rayo de cielo para el Sr. Palacio, y á todos sus oyentes nos ha causado la misma emoción poética, me recuerda, para concluir, un caso análogo, también ocurrido en el Nuevo Mundo á un gran poeta, honra que fué de estos bancos y de su patria, D. Antonio García Gutiérrez, el cual nos lo refería á sus amigos con su habitual sencillez, como una de las muy contadas satisfacciones de su vida aventurera. Notorio es que el autor del *Trovador* y de tantas obras inmortales, marchó á México esperanzado de mejor fortuna, que allí le fué tan enemiga como á todos los hombres que en vez de venderle el alma le rinden solamente el deseo. Una mañana que enfermo y desesperado paseaba por los contornos de la ciudad de Hernán Cortés, vió salir de un bohío á un negro bozal cargado con sus instrumentos de trabajo, que iba cantando marcialmente.

Al campo, D. Nuño, voy,
Donde probaros espero
Que si vos sois caballero,
Caballero también soy.

—Lloré de alegría, renacieron mis ilusiones y me puse bueno, exclamaba el autor del *Trovador*, con aquella infantil naturalidad, que era una de sus cualidades más poéticas.

---

PL MY 19 16

LaS.Gr
P1534d

491594

Palacio, Manuel del
Discursos leídos ante la Real Academia
Española «el idioma poético está identificado
en nuestra patria con el idioma vulgar».

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET